

1. Introducción

Si resulta una evidencia el hecho de que el ser humano es concebido, gestado y nacido del cuerpo de una mujer, mucho menos evidente resulta que este hecho, en lugar de incidir en la concepción metafísica del origen y fundamento de todas las cosas, haya sido interpretado por el falogocentrismo hegemónico como la de-generación del auténtico origen del ser, trascendente, inmaterial y perfecto. Contra toda evidencia, para usar las palabras de Christine Battersby, “la metafísica occidental dominante ha sido desarrollada desde el punto de vista de una identidad que no puede dar a luz”,¹ como si el cuerpo materno constituyera un desagraviado accidente del ser, cuyo origen se remontaría en verdad a un poder trascendente, puro e inmutable. El seno materno devino así la desmentida, el escándalo, el castigo de un origen intachable e intocable, que la materialidad matricial no haría sino que degradar.

El paradigma falogocéntrico dominante construyó su poder sobre la negación o degradación del origen matricial, convertido por la religión, la filosofía y la ciencia en el principio del mal, la impotencia y la corrupción. En palabras de Luce Irigaray, el sistema patriarcal instituido “reposa sobre el asesinato de la madre”,² y esto significa que “Occidente ha construido su subjetividad contra su origen natural”.³ Las estrategias empleadas a lo largo de la historia por la ideología patriarcal van desde la eliminación directa por la conquista, la destrucción y el asesinato, hasta la eliminación indirecta por la distorsión y el ocultamiento de la simbólica materna.

* Este texto forma parte de una serie de artículos inscritos en el proyecto de investigación “La reconstrucción de la matricialidad como categoría filosófica” del CONICET, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina.

El objetivo del siguiente trabajo no apunta al análisis de las estrategias, praxis y discursos empleados por el patriarcado en su operación matricida, sino más bien a la reconstrucción de algunos elementos metafísicos supuestos en la conciencia primitiva del seno materno como imagen sagrada del origen y arquetipo de la unidad primordial. En este sentido, el pensamiento feminista emprendió desde hace tiempo el proyecto de una nueva filosofía y una nueva cultura fundadas sobre la identidad femenina, específicamente materna. Baste mencionar a la sazón la obra de Luce Irigaray, Luisa Muraro, Christine Battersby, Michelle Boulous Walker o María-Milagros Rivera Garretas, para mencionar solo algunas autoras. En cualquiera de estos casos, se trata de repensar la existencia humana a partir de su concepción matricial y los nueve meses de su gestación intrauterina, pensarla a través de la sangre que la alimenta, el parto que la hace nacer, el pecho que la contiene y la palabra que la dice.

Casi por una ironía del destino, la pre-historia más remota de la humanidad parece confirmar la intuición que la teoría feminista contemporánea recupera hoy. Efectivamente, en el arquetipo de la Gran Madre y la imagen de su vientre fecundo, la conciencia primitiva plasmó el principio sagrado de la vida, su elemento y continente, el origen físico y metafísico de la realidad entera. De este modo, el proyecto de una filosofía pensada según ese cuerpo capaz de dar a luz no expresaría solo un progreso especulativo y cultural sino además, y por lo mismo, un retorno al origen.

Las siguientes páginas intentarán reconstruir, desde el punto de vista metafísico, los elementos matriciales habidos en el sustrato más primitivo de la conciencia humana, objetivo que no apunta a la arqueológica reconstrucción de un pasado perdido, sino de un presente y un futuro transformadores.

2. En busca del paradigma perdido

En el origen, la madre era fundamento y elemento de

todas las cosas. La conciencia primitiva concebía en su seno la existencia individual, social y cultural, como también la vida de la naturaleza y el universo entero. Antropología, religión y psicología dan cuenta de este primer estadio histórico o prehistórico -según sea el criterio de clasificación- cuando lo materno reflejaba el arquetipo fundacional de todas las cosas. El vínculo más próximo y primitivo era entonces proyectado desde la constitución individual a la construcción universal, y el sentir inmediato de su presencia continente y nutricia fundaba toda otra percepción. En concomitancia, la función materna era socialmente estimada como instituyente de la comunidad y las mujeres eran conscientes de una acción matricial que las enaltecía.

En el ámbito de su constitución psíquica, la conciencia primitiva atribuyó la concepción y formación del feto a los flujos de la sangre menstrual,⁴ en virtud de los hechos que objetivamente veía, y subjetivamente experimentaba durante su vida intrauterina y extrauterina de los primeros años. En torno de esta significación se organizó la estructura psíquica, social y cultural primitiva. El seno materno fue así asumido como origen de la existencia y universalizado por analogía entre lo micro y lo macrocósmico bajo la representación de la Gran Madre. Entre la madre individual, la Madre tierra y la Gran Madre universal circula la primera analogía humana,⁵ vale decir, la mediación simbólica de la primera experiencia humana. De aquí que a la sangre menstrual remitan los primeros tabúes conocidos por la humanidad, consagrados a la función generadora y vital de la sangre femenina, y extendidos luego a la función regeneradora de la sangre como sacramento universal de la vida.

En el ámbito socio-político, el vínculo madre-criatura determinó la primera formación familiar y social.⁶ Las comunidades humanas primitivas -matrilocales, matrilineales y exogámicas- se establecieron en torno de la madre por ser esta la única relación que daba evidencias y

garantías de consanguinidad, marentesco que se extendía a toda la comunidad. En efecto, el vínculo biológico madre-criatura fue inmediatamente interpretado como vínculo social y extendido a la gran familia del clan, de manera tal que la función materna era ejercida por todas las mujeres sobre todas sus criaturas, al modo de una maternidad comunitaria. A esto se refiere se refiere Johann J. Bachofen cuando asegura que “mientras que el principio paterno es inherentemente restrictivo, el principio materno es universal; el principio paterno se limita a grupos definidos, pero el principio materno, como la vida de la naturaleza, no conoce barreras. La idea de maternidad produce un sentido de fraternidad universal entre todos los hombres, que muere con el desarrollo de la paternidad”.⁷ En otros términos, las comunidades primitivas se fundan, no en la maternidad biológica, sino en un maternalismo social, del cual surgen sociedades igualitarias, cooperativas y pacíficas, según el testimonio de la antropología.⁸ Además de ser universal en lugar de restrictivo, como analiza Bachofen, el principio materno parece no apropiarse de la vida dada sino más bien independizarla.

En el ámbito de la cultura, la relación materna fue la primera civilizadora de la humanidad, fuente de la palabra y motor de descubrimientos vitales. Se ha dicho al respecto que “las mujeres, al crear una situación en la cual pudieran criar a sus hijos con seguridad y eficacia, se convirtieron en las civilizadoras, en las inventoras de la agricultura y de la comunidad, y algunos autores sostienen que hasta crearon ellas el lenguaje”.⁹ Lo cierto es que, lejos de apartar a las mujeres de la obra cultural y civilizatoria, la necesidad de cuidar y alimentar a sus crías las impulsó a la indagación y el dominio de la naturaleza, de lo cual surgieron los primeros conocimientos tales como: la invención del fuego para cocinar y la ropa con qué cubrirse, la agricultura, la domesticación de animales, la alfarería, la curación mediante hierbas, el tejido y la costura, la conservación de alimentos, los primeros conocimientos de ginecología, puericultura, astronomía, los primeros calendarios lunares

y hasta la escritura. En una palabra, las mujeres inventaron la ciencia y la industria,¹⁰ y a la sazón valga recordar con Monica Sjöö y Barbara Mor que la matemática, de *mathesis*, significa originariamente sabiduría de la madre y remite a la indagación del mundo estelar asociado a la adivinación, investigación que llevaban a cabo las mujeres¹¹ junto con sus funciones como sacerdotisas, profetas, chamanesas, etc.

La función de las mujeres en la generación de la vida individual y social, material y espiritual, fue consistente con su lugar en la simbólica de las religiones primitivas. Al respecto, los estudiosos coinciden en que la Diosa Madre es “de manera incuestionable el rasgo más persistente en los registros arqueológicos del mundo antiguo”,¹² registros que algunos arqueólogos remontan a los 300.000 años de antigüedad, según la datación atribuida a las Venus achelenses de Berejat Ram y Tan Tan. El inmenso número de imágenes de diosas madres paleolíticas y neolíticas que cubre casi toda Europa y Asia da cuenta de aquello que la conciencia primitiva tuvo por sagrado y misterioso, a saber, la reproducción de la vida, su energía generadora, transformadora y nutricia. La Diosa Madre es seno y tumba, templo, vasija y oscura cavidad donde acontece el nacimiento, la muerte y la renovación de todas las cosas.

La Diosa Madre expresa una construcción mítico-religiosa particular, que no hace sino confirmar la vida y augurar su repetición. Lo específico de su culto consiste en la experiencia de la función materna como origen de la vida, y de la vida como realidad sagrada. En el seno materno, lo sacralizado y celebrado es el *élan vital*, el *conatus essendi*, su fuerza de realidad, de manera tal que la construcción religiosa de la Gran Madre surge del mismo impulso vital que ella celebra, como reconocimiento de sí mismo. A esta energía vital se refiere Erich Neumann cuando habla de la Gran Madre como un arquetipo, impulso, fantasía o deseo unificador de la psiquis, al cual le corresponde una suerte de “apercepción mitológica”,¹³ que la mente

primitiva plasmó en la simbólica de la diosa. Dicho de otro modo, la Gran Madre significa un modo de ser, sentir y actuar originarios, del cual deriva la mítica primitiva. En los siguientes párrafos, intentaremos analizar algunos elementos de esta simbólica autóctona de la humanidad, en la cual está implícita toda una concepción metafísica de la realidad entera.

Para la mítica primitiva, en el origen de todas las cosas es la Gran Madre, cuyo cuerpo genera el cosmos por partenogénesis de su materia primordial.¹⁴ La Madre representa “la entraña cuya eclosión produce un cosmos”¹⁵ a partir del caos amorfo de su materialidad. De aquí que madre, matriz y materia -*mater, matrix, materia*- sean para la mente primitiva representaciones mutuamente convertibles, mediadas por la referencia a un sustrato original insondable y abismal, cuya partición produce el mundo. La matriz de la Gran Madre constituye la materia prima de todas las cosas; el origen y fundamento del cual son generadas; el elemento que las nutre, sostiene y transforma; y el continente de su vida y de su muerte. Por tales razones, la Gran Madre es representada como seno y tumba universal, templo de la vida y la muerte, cavidad de oscuras y profundas transformaciones.

La materialidad original que el seno materno expresa, posee una fuerza positiva, activa, afirmativa de la vida, que la conciencia primitiva experimentó como un poder salvaje, fiero y tenebroso.¹⁶ Su potencia era capaz tanto de crear cuanto de destruir, y por eso era tan deseada cuanto temida. Además, dado que todas las cosas habitan en el seno materno y este las sostiene con su propia energía, en rigor es la Madre misma la que nace, muere y renace con las transformaciones de su creación. La íntima presencia de su materialidad en todas las cosas y viceversa, que por un lado contiene y sostiene la totalidad, por el otro lado determina el carácter hierático que la humanidad arcaica le atribuye a la realidad. El universo entero constituye la hierofanía de una acción original, actuada en el seno de todas las cosas.

La intimidad y la actualidad del principio materno en todas las cosas, estos es, su participación en cada parte de su parto primordial, determina los dos aspectos que Erich Neumann le atribuye al arquetipo de la Gran Madre, a saber, su “carácter elemental” y su “carácter transformador”.¹⁷ El carácter elemental del arquetipo materno significa que su acción generadora permanece de manera intrínseca y constitutiva en aquello generado, como principio indeterminado e informe del cual surge y en el cual se disuelve toda determinación ulterior. Neumann comenta al respecto que el poder del arquetipo de la Gran Madre “descansa sobre ese estado original en el cual todo está entremezclado e indiferenciado y en flujo”.¹⁸ A la indeterminación elemental del principio materno se asocia la imagen del origen como un caos infinito y oscuro, noche abismal o vasija cuyo fondo resulta insondable.

La indeterminación primordial del elemento materno contiene virtualmente todas las cosas, oposiciones y contradicciones de la realidad, y por eso su arquetipo mismo resulta contradictorio. La Gran Madre es bifronte, y nunca muestra una cara sin mostrar también la otra. Ella es seno fecundo, nutricio y benefactor, así como es también seno terrible, hambriento y devorador de sus propios hijos;¹⁹ principio luminoso y oscuro, divino y bestial; mujer virginal y voluptuosa, inmemorialmente vieja y eternamente joven. Su mítica expresa esta duplicidad, y al respecto puede decirse que “los símbolos de la gran Diosa son dobles: doble hacha, doble espiral, la rueda hilando a la derecha y a la izquierda, los cuernos lunares de las vacas que crecen y disminuyen, el portón o la puerta, el útero y la tumba donde uno entra y sale, tierra y cielo. Así el árbol lunar tiene bordes dobles, con raíces en la tierra y en el cielo, y ramas en el cielo y en la tierra. Pero este simbolismo no es dualista”.²⁰ Justamente, la Diosa expresa una duplicidad no dualista, porque la indeterminación de su elemento primordial habilita la coincidencia y conversión de los contrarios, la transición del uno al otro, la implicación de ambos términos en lugar de su mutua exclusión.

En rigor, se debe decir que el arquetipo de la Gran Madre no representa una dualidad sino una triplicidad, en la cual la oposición se encuentra mediada por un centro o tercer término inclusivo de la diferencia. El elemento materno resulta así no doble sino triple, y de este modo debe afirmarse que “la gran Diosa era siempre una triplicidad; su ser permanencia entre todas las elecciones dualistas y todas las oposiciones -un tercer término que mediaba y sintetizaba las polaridades en una nueva cosa, una epifanía: la inmanencia de la trascendencia, la trascendencia de la inmanencia. El entero propósito de estudiar la religión antigua de las mujeres y su cultura es entender el gran precedente de este tercer término, lo tercero, la opción alternativa”.²¹ Entre toda diferencia y contradicción, el principio materno resuelve la unidad y el cambio. Solo de este modo la Gran Madre expresa la totalidad de lo real y, más exactamente, una totalidad dinámica, en continua transformación de lo uno en lo otro. Sea que se la imagine como huevo, esfera, rueda, luna, espiral etc., en cualquier caso el principio materno terceriza las dos partes de un todo fluido, que siempre nace y muere para volver a surgir, en armonía con los ciclos de la luna y las mareas, la vegetación, las estaciones del año y las edades de la existencia humana.

Con este tercer término de unidad y cambio, coincide el segundo carácter dinámico y transformador que Neumann le atribuye al arquetipo primordial, y que en definitiva no significa sino la autodeterminación de aquel primer carácter elemental. En el seno de la madre son concebidas, gestadas y transformadas todas las cosas según los ciclos y procesos de la sangre menstrual, devenida cuerpo y alimento de la nueva vida naciente. La sangre menstrual constituye así el prototipo matricial de toda transformación, y su energía creadora es fuente de todo misterio y de todo tabú.²² Su fluir cíclico, mágico y numinoso en el seno de la Gran Madre circula por las venas de todo lo real, mientras que su extinción es signo de muerte. Tal es la razón por la cual la conciencia primitiva

celebra los ritos iniciáticos y sacrificiales con la ofrenda de una sangre, destinada a saciar ese gran seno universal de la vida.

El seno de la Gran Madre transforma la sangre menstrual en vida, alimento y sostén, así como reabsorbe la sangre de los muertos. Por eso, representa también la tumba del hijo, la tierra sedienta, la caverna oscura y la vasija insondable que todo lo cambia. Los rituales de *regressus ad uterum*,²³ símbolo del inicio de una nueva vida, asumen este sentido regenerador de la sangre menstrual. Estos ritos celebran un segundo nacimiento, al cual le corresponde la simbólica del retorno al seno materno -caverna oscura y tenebrosa, templo sagrado o noche abismal- desde donde volver a surgir transfigurado. Lo celebrado es propiamente “el comienzo absoluto”²⁴ de un nuevo modo de ser, que la conciencia primitiva se figura como un renacimiento de las entrañas de la Gran Madre, en analogía con el primer nacimiento.

La energía fecundante de la Diosa, de la cual se nutre el devenir de todo, alimenta también los ciclos de la luna, imagen privilegiada de la Madre y fuente de transformaciones. En virtud de sus fases cíclicas, cuya periodización coincide con los ciclos menstruales, la mente primitiva le atribuye a la luna la fertilidad de la cual procede la vida humana y natural. Ella es, por analogía, madre de la humanidad y la naturaleza, y su luz fecunda penetra divinamente el seno de la tierra y de los mares. La repetición procesual de sus fases -creciente, llena y menguante- es consistente con la concepción dinámica, autoprodutora y cíclica de la totalidad, y de ello se sigue que el culto de la luna y sus primeros ritos menstruales auspiciaran la religión primitiva.

En el mundo animal, el referente lunar y matricial por excelencia es la serpiente: habitante de las entrañas de la tierra, regeneradora continua de su piel y capaz de volver sobre sí misma hasta morderse su propia cola. La serpiente

representa así el dinamismo cíclico de la totalidad, la repetición constante de un origen al cual siempre se vuelve.²⁵ Ella encarna “la fuerza sagrada primordial acurrucada en lo más profundo de la tierra. Personificaba el alma de los muertos, guiaba a los iniciados a las entrañas de la tierra y conocía los secretos cuya transmisión se hacía a través de los misterios de iniciación”.²⁶ Además, la forma fálica de la serpiente satisface los deseos de la Madre y penetra su continente, de donde cabe imaginarla como complemento sexual de la Diosa.

A imagen y semejanza de la sangre menstrual, las fases de la luna, el ascenso de las mareas y la renovación de la piel, la tierra entera se transforma según procesos de nacimiento y muerte, florecimiento y decadencia, plenitud y extinción. Esto vale igualmente para la vida vegetal, animal y universal como diversos aspectos de un mismo cosmos orgánico, que nace y muere según determinados períodos de tiempo. El universo entero responde así a destrucciones y reconstrucciones cíclicas, mediadas por un efectivo *regressus ad uterum*. Del elemento primordial e indeterminado de la Madre volverá a nacer siempre el mismo mundo y la misma historia, sin embargo no tan idénticos y mismos como para excluir la diferencia de su repetición.

El sentido del dinamismo transformador que la Gran Madre expresa, está determinado por el eterno retorno de lo mismo. En efecto, tal debe ser el devenir de un arquetipo que es tanto seno como tumba, comienzo y fin, rueda y círculo de la existencia. En el origen matricial, la vida está presupuesta y reconfirmada de antemano, y su legitimidad se convalida en su propia repetición. El universo materno es un universo eternamente querido y afirmado por lo que simplemente es. Su arquetipo se hace carne y sangre en todos los planos de la existencia -cósmico, biológico, histórico, humano etc.- a fin de reproducir en ellos una realidad que jamás abandona el dinamismo del origen. La simbólica circular y cíclica de esta conciencia

matricial primitiva integra las instancias de la muerte, la destrucción, mal y desorden como momentos del todo dialécticamente necesarios.

Para retomar y resumir lo expresado hasta aquí, podríamos decir que el arquetipo del seno materno determina el estadio primordial de la conciencia humana, el sustrato indeterminado, inconsciente y uno de su vida intrauterina. De esta materia originaria surgen y a ella vuelven todas las formas y figuras de la existencia. Esto vale para la mítica prehistórica de la humanidad, tanto como vale para la experiencia inmediata de todo individuo, porque la originalidad del arquetipo materno tiene un sentido cronológico y lógico, esto es, vale respecto del tiempo y respecto del ser. Por eso, a ella le corresponde una concepción metafísica de la realidad, cuyas principales implicancias quisiéramos analizar en los siguientes párrafos.

3. Inmanencia y dialéctica del origen matricial

La concepción del seno materno, los nueve meses de su gestación y la fantasía inconsciente de la vida intrauterina determinaron la simbólica primitiva de la humanidad, su divinidad y su culto, así como su primera concepción metafísica, esto es, el dinamismo fundacional y generador de todas las cosas. Esto significa que el modo en el cual el ser humano llega al mundo incidió directamente en la concepción del ser universal como su propia proyección totalizadora y unificante. En lo que sigue, intentaremos reconstruir los núcleos centrales de esta metafísica matricial, cuya concepción implica la concepción física y psíquica de la humanidad.

Por el hecho de tratarse de una elaboración metafísica, su reconstrucción conserva elementos tanto del pasado histórico, como del presente y el futuro o, mejor dicho, conserva el pasado a través de la conciencia del presente y el proyecto de un futuro que permanece posible. En estos términos intentaremos asumir la intuición originaria

del seno materno como *factum* absoluto, atravesado por una lógica cronológicamente abierta a la circularidad del tiempo. Tal es el motivo por el cual este intento de reconstrucción asumirá registros tanto del pasado prehistórico como de la modernidad especulativa o la teoría feminista contemporánea, entendiendo que el origen matricial sigue siendo, bajo los círculos del tiempo, el mismo.

El seno materno -que es tierra y tumba, templo, caverna y vasija insondable- representa el origen absoluto de la existencia, su principio y continente. El es tanto substrato fundacional cuanto elemento constitutivo del ser, del cual, en el cual y por el cual emerge toda forma de vida. Por tal motivo, el principio y elemento materno carece él mismo de forma, límite y determinación, y de aquí la imagen de un caos oscuro y abismal que suele acompañar su representación. En este sentido, la simbólica materna de Luisa Muraro insiste en la idea de matriz vital como unidad indeterminada de todas las cosas -ser, pensar y sentir-,²⁷ en especial confrontación con la simbólica dualista del sistema falocéntrico, donde el origen representa una remota trascendencia perfectamente determinada en sí misma. El origen matricial, en cambio, se presenta como un sustrato elemental completamente indeterminado y abierto a todas las diferencias.

La capacidad generadora del seno materno ha estado siempre asociada a la idea de una primera materialidad originaria y constitutiva, a la cual remite la derivación de los términos *mater-matrix-materia*, mutuamente convertibles. Matricialidad es por lo tanto materialidad. Se trata aquí de una materia metafísica, indeterminada, amorfa y caótica, correspondiente con la intuición de una identidad inmediata del todo. Se trata además de una materia activa, dinámica, alineada con la energía generadora o autogeneradora del origen. Esta energía afirmativa y positiva constituye el propio intrínseco de la materia, su fluir y devenir otro, y en este sentido no tiene nada que

ver con la pasividad inerme que el dualismo *hilemórfico* le atribuyó, sino que supone otro concepto de materia, consistente con otra metafísica.

Según su concepción matricial, la materia se determina por su propia partición, vale decir, haciendo de sí misma un otro. La eclosión de su entraña y el parto de su generación significan el devenir de lo otro a partir de la unidad inmediata e indeterminada del origen, unidad que sin embargo no se pierde a sí misma en la separación de las partes, sino que se recupera en cada una como sustrato y elemento universal. En el hijo, el seno materno permanece el mismo y de aquí que la producción de lo otro constituya en rigor una re-producción de sí mismo. Así la Gran Madre nace y muere, crece y decae en el mundo que ella misma re-produce, mientras que este mundo in-corpora, re-pite su vida divina. La realidad permanece en su seno, que es también tumba y casa y vasija, a fin de realizarlo como fecundidad, alimento y espíritu del todo. En términos metafísicos, podríamos hablar aquí de una autodeterminación o autoproducción de la materia originaria por la re-producción o mediación de un otro en la inmanencia de su identidad. Por eso la madre concibe en el compartir su cuerpo, su sangre y su respiración.

Para una metafísica matricial, la realidad permanece en la intimidad nutricia y continente de su origen, reproducido total y absolutamente en cada parte. Autodeterminación e inmanencia constituyen así dos principios centrales del orden matricial, sobre algunas de cuyas implicancias conceptuales quisiéramos detenernos. En primer lugar, la inmanencia autoproductora del origen implica la reproducción de lo uno por su propia acción reflexiva, acción que realiza la unidad como matriz diferencial de lo otro. En segundo lugar, supone que el origen es tanto acción cuanto pasión, concepción y efecto concebido, indeterminación y determinación, esto es, contiene la oposición, la diferencia y la contradicción en y por las cuales propiamente deviene. En tercer lugar, la permanencia

de lo otro en la identidad determinada del sí mismo convierte a este último en lo tercero, el centro, el término medio del cambio y la continuidad. En cuarto y último lugar, la inmanencia de lo otro supone el dinamismo circular de lo mismo, por el cual el origen deviene fin del proceso, mientras que el fin se recupera como origen de una nueva repetición. Sobre estas cuatro implicancias quisiéramos detenernos.

En primer lugar, el seno materno genera otro ser, un ser diferente, por su propia re-producción o reduplicación, vale decir, por un movimiento reflexivo –sobre sí mismo– que transforma su unidad inmediata e indiferenciada en matriz concipiente de otro ser. Mientras que la metafísica falogocéntrica entiende la creación en los términos de una producción *ex nihilo* por el poder trascendente y extrínseco de una identidad simple e inmutable, la metafísica matricial la entiende como re-producción de lo otro por el dinamismo de una identidad desdoblada. Tal dinamismo es lo que especifica la reproducción como proceso vital y la diferencia de los procesos de asimilación, donde lo otro deviene lo mismo, o multiplicación, donde la partición expulsa lo otro sin ser capaz de contenerlo. Específicamente, la reproducción concibe, gesta y alimenta lo otro en la identidad reduplicada de su matriz fecundante.

De este modo, en el origen es la reproducción de lo uno, su desdoblamiento o la mediación de su identidad indeterminada por la diferencia del hijo, a través del cual aquélla se recupera como identidad diferenciada, reduplicada o determinada. A fin de que lo otro pueda surgir, la identidad del origen debe relacionarse negativamente consigo misma, vale decir, negarse a sí misma como uno y abrirse a la posibilidad de su diferencia. Por el contrario, si el origen representara una identidad positiva perfectamente cerrada en su ser, no sería capaz ni de reproducirse ni de parir, y su producción exigiría el subterfugio de lo negativo –la creación *ex nihilo*– como recurso extrínseco a su ser. El seno materno, en cambio,

se encuentra atravesado por su propia negación, la cual alberga la posibilidad del otro. Su identidad indeterminada se relaciona negativamente consigo misma a fin de abrir la posibilidad que otro sea. Tal es la energía matricial de un origen desgarrado y contradicho en sí mismo, la energía de su parto fundacional, la fuerza vital de un todo capaz de fecundar en la diferencia.

En el arquetipo del seno materno, la metafísica primitiva no expresa ni un dualismo abstracto, ni un pluralismo nominalista, ni un monismo fijo y sustancialista. Lo expresado es, por el contrario, una unidad dinámica, fecunda, concipiente, y por lo tanto capaz de partirse y multiplicarse sin perder su identidad. Así, la fecundidad de lo uno deviene dos -madre y criatura- para recuperarse como tres -matriz de vida-. Se trata, por lo tanto, de una metafísica monista y de un monismo vitalista, animado por las infinitas figuras y transfiguraciones de la *mater-matrix-materia* original, en cuyo seno habitan todas las cosas. La pluralidad del universo permanece re-ligada al cordón umbilical de la vida, por el cual se nutre y respira. Una misma energía matricial alimenta el cosmos entero, a la vez que se retroalimenta de su diferencia.

La reproducción del seno materno, cuya energía fue celebrada por la conciencia primitiva como una realidad mágica, sagrada y misteriosa, constituye para el entendimiento representativo el acontecimiento paradójico e inconmensurable de una identidad desdoblada, capaz de concebir y gestar en su propia diferencia. En efecto, desde un punto de vista simplemente fenomenológico, el embarazo se manifiesta como un descentramiento o re-centramiento de la identidad femenina, por la afirmación de un otro totalmente otro y sin embargo totalmente in-corporado a una misma matriz vital. Desde la vivencia materna, el hijo se experimenta como una alteridad absoluta, interior e íntima al propio cuerpo. Iris Marion Young comenta al respecto que en el embarazo la mujer “vivencia su cuerpo como ella misma y no ella misma. Sus

movimientos internos pertenecen a otro ser, aunque ellos no son otros, porque los límites del cuerpo de ella cambian".²⁸ Por el otro lado, desde la experiencia inconsciente e intrauterina del hijo, su alteridad se identifica con la unidad vital del origen, por la cual existe.

La paradoja del seno materno consiste en conservar la diferencia absoluta en la más absoluta unidad originaria, sin mezcla, ni confusión, ni yuxtaposición, ni separación. No se trata aquí de unidad sustancial, inmediata y fija, sino de una unidad relacional, dinámica y mediada por la diferencia madre-criatura. Si por una parte, la madre y la criatura son otros y se mantienen en una relación negativa que los separa y distingue, por la otra parte, la relación negativa que los opone mutuamente se resuelve en la positividad de la unidad matricial, de cuya identidad resulta la reciprocidad materno-filial. Justamente a partir de esta unidad matricial, la madre y la criatura subsisten, insisten y se implican mutuamente en la afirmación de una misma vida que fluye. En una palabra, en la matriz del origen, la diferencia materno-filial deviene pura reciprocidad, puro traspasar del uno en el otro, reconocimiento pleno de una misma acción fecundante que convierte a la mujer en madre y al hijo en ese otro absoluto que la realiza como creadora.

En segundo lugar, si en el origen matricial es la reproducción de lo uno, en el origen es entonces la diferencia, la oposición y la contradicción. Porque el desdoblamiento de lo uno supone la negación de su identidad inmediata, tal negatividad deviene la fuente de toda posible determinación ulterior y la causa concreta de toda oposición y contradicción. Por eso decíamos que el origen matricial es tanto acción como pasión, causa de la concepción y efecto concebido, indeterminación y determinación. Y es ambas cosas en el seno de una misma acción fecundante, cuya diferencia le es intrínseca. En la inmanencia del origen, madre y criatura son absolutamente otros. Cada uno es el opuesto, el negativo del otro, su contrapunto, y sin embargo ninguno existe sino en y por

el otro. Así como el seno materno es capaz de contener y sostener la diferencia materno-filial, el seno de la vida universal contiene y sostiene todas las diferencias.

A la sazón, valga recordar que la mítica primitiva representaba a la Gran Madre como una potencia ambigua y doble: madre benévola y terrible, creadora y destructora, seno de la vida y tumba de la muerte, oscuridad nocturna y luminosidad celestial, etc. Esta capacidad activa y contra-activa de la Gran Madre supone el principio de la identidad de los contrarios y de la contradicción en virtud del cual se produce el devenir. Este ancestral principio metafísico –que el dualismo intelectualista reemplazó por el principio de la identidad abstracta, la no contradicción y el tercero excluido– se remonta a los orígenes de la conciencia primitiva, cuando la madre era todas las cosas y todos los opuestos, y su seno no excluía ni marginalizaba diferencia alguna.

Respecto de las identidades claras y distintas que el entendimiento formal separa y excluye, la acción y contra-acción del origen matricial se presenta como “la alteridad en sí misma”, “lo radicalmente otro”,²⁹ inconmensurable y paradójico. La diferencia inmanente de la madre, su ser lo uno y lo otro siendo y no siendo a la vez, escapan a la lógica representativa y expresan otro modo de concebir lo real como totalidad omninclusiva, dinámica y continua. El origen matricial lo abarca todo, a imagen y semejanza de un seno infinito en el cual las diferencias coinciden e inciden, se invierten y convierten por la mediación actual de lo uno. Esto equivale a decir que, en el origen, es la dialéctica de una identidad desgarrada, partida, re-producida. Ahora bien, el único modo de ser dialécticamente la diferencia, es ser mediatamente la unidad. La Gran Madre es por eso, en última instancia, lo tercero mediado de su propia reduplicación.

En tercer lugar, entonces, el origen matricial es el resultado de su propia acción diferencial: lo tercero, el medio o el

centro que salva y consume toda oposición. En tanto que lo tercero, el seno materno deviene acción fecunda, tierra fértil, energía vital que irriga en la diferencia. Su fecundidad convierte una misma vida y una misma sangre en la vida y la sangre de dos, mientras que invierte la abstracción de la dualidad en su recíproco reconocimiento. Mediante lo tercero, el hijo se in-corpora y reconoce en la madre, en la misma medida en que la madre se ex-corpora y reconoce a sí misma en el hijo. Ambos participan de una misma vida en su diferencia consigo misma.

Madre y criatura recíprocamente unidos en una misma matriz vital representan, a nuestro juicio, esa “trinidad femenina”³⁰ a la cual se refiere Luce Irigaray en la añoranza de una divinidad hecha a imagen y semejanza de la madre. La trinidad o triplicidad del seno materno actúa como fundamento del ser, y su acción fundacional se sostiene en el centro o medio de una diferencia que deviene por él acción recíproca. La matriz del origen no funda al modo en que lo haría una identidad fija y trascendente, sino al modo en el cual la vida fluye y refluye sobre sí misma por su propia reproducción. Entre la madre y su criatura, la vida se funda como acción recíproca, capaz de transformar su diferencia en una relación positiva de mutuo reconocimiento, donde ninguno de los dos existe sino en y por la afirmación del otro. Así la madre afirma la vida de su criatura, y la criatura reconfirma la obra creadora de la madre.

La acción matricial es acción recíproca, pura reciprocidad materno-filial, y como tal lo tercero, el medio o centro de toda diferencia. En este sentido, la conciencia primitiva no solo representaba a la Gran Madre como símbolo de la contradicción, sino también de la unidad de los opuestos y justamente por eso arquetipo del cambio y la transformación. Según la mítica primitiva, la Gran Diosa era una “triplicidad”³¹ correspondiente con una unidad diferenciada y dinámica. Ella era Madre creadora, destructora y transformadora; útero, tumba y retorno de lo

mismo; vida que nace, muere y renace; luna creciente, llena y menguante, etc. Solo de este modo su seno expresaba una totalidad omninclusiva, a la vez dialéctica y sintética: dialéctica en cuanto que auto-contradictoria, sintética en cuanto que una, y ambas cosas en cuanto dinamismo transformador del todo. Sea huevo, esfera, rueda, luna, serpiente, la matriz universal contenía las dos partes de la diferencia en la eterna repetición de sí misma.

La consistencia efectiva de lo tercero como acción una y total habilita el devenir como proceso diferenciador, vale decir, como separación y exclusión de los opuestos en el seno de una identidad que posibilita su transición. A esto se refiere el hecho de que en la mítica primitiva la Madre simbolizara tanto el sustrato elemental de la vida cuanto el fundamento de su transformación, fundamento uno e idéntico del cual depende la continuidad esencial de todas las cosas. Por eso, para la conciencia primitiva el movimiento universal era uno y el mismo, operando a través de las diferentes particiones de la Madre. El universo se movía al unísono como un gran organismo viviente, cuya materialidad se reproducía en todas las cosas y cuya sangre corría por todas sus venas. De aquí la continuidad y simpatía universales de ese seno infinito que lo hermanaba todo y reproducía en cada parte el báquico delirio de la totalidad.

Al unísono con la conciencia primitiva, también la filosofía feminista contemporánea piensa el cuerpo materno como paradigma de una identidad dinámica, plástica, en continua transformación y fluir. Así por ejemplo, Christine Battersby apunta a una metafísica de la inmanencia, la fluidez y la carne, donde la identidad se establece sobre un modelo relacional. Michelle Boulous Walker, por su parte, se refiere a la madre como la metáfora de la tensión, la ambivalencia y la indecidibilidad que atraviesa lo real. En ambos casos, lo materno emerge como un nuevo modelo identitario, inconcebible desde el punto de vista de la lógica falogocéntrica, cuyo fijismo sustancialista excluye por

principio lo tercero y, por lo tanto, la identidad diferenciada del seno materno.

En cuarto y último lugar, la inmanencia del origen matricial, su re-producción y reciprocidad -que fundamentan el devenir- fundan a su vez el sentido circular del cambio, que no es sino la recuperación y re-posición siempre actual del origen. A la simbólica del seno materno le corresponde una concepción cíclica de lo real porque su re-producción, sin salir de sí misma y volviendo siempre sobre sí misma, concibe en su diferencia lo absolutamente otro, de manera tal que éste último actualiza -recíprocamente- el devenir de su origen. El valor absoluto de toda realidad consiste justamente en la reactualización de una acción que siempre está naciendo, muriendo y retornando. Tal es el sentido matricial de lo que la filosofía denomina esencia, a saber -y a diferencia de la metafísica falogocéntrica-, no aquello que es eternamente lo que es, sino aquello que deviene finita y temporalmente lo que siempre ha sido, vale decir, lo que se repite. Por ser esencialmente concebida y reproducida, cada cosa es centro, medio y círculo, jamás margen ni exterioridad.

Que la conciencia primitiva concibiera el espacio, el tiempo y los acontecimientos en los términos de un discurrir continuo, cíclico e indetenible, no responde a una mera observación fáctica sino ante todo a la intuición actual y activa de un mismo origen, reproducido y devenido en todas las cosas. Para ella, la rueda de la vida universal gira continuamente sobre sí misma, la serpiente se muerde su propia cola y el cosmos renace cada gran año. A la sazón, Mircea Eliade explica que “el primitivo, confiriendo al tiempo una dirección cíclica, anula su irreversibilidad. Todo comienza por su principio a cada instante. El pasado no es sino prefiguración del futuro”.³² En otras palabras, el primitivo intuye la universalidad del esto, aquí y ahora, universalidad que incorporada al mundo diferenciado de la finitud y el tiempo, asume necesariamente la forma de la repetición.

Mientras que la trascendencia metafísica del modelo falogocéntrico supone una concepción lineal del devenir, el tiempo y los acontecimientos, concepción según la cual principio y fin se excluyen mutuamente, se niegan y anulan; la inmanencia metafísica del seno materno concibe la inclusión recíproca de principio y fin, y por lo tanto su repetición circular. En este sentido, valga subrayar que lo real se concibe cíclicamente no por la mala repetición empírica de la finitud –sucesión sin fin de días y noches, estaciones, ciclos y procesos vitales– sino por la repetición absoluta del origen en lo originado; de la identidad en la diferencia; de lo universal en el instante del tiempo y la finitud. Por eso, en rigor metafísico, la circularidad del tiempo y los acontecimientos obedece a la circularidad de un mismo origen re-producido y recuperado en su diferencia.

En definitiva, la circularidad del seno materno expresa la tensión continua de la conciencia por volver a su unidad originaria. Prehistoria, psicoanálisis y filosofía contemporánea coinciden en este sentido circular de lo materno, cuya relación determina propiamente la búsqueda de un retorno y “la repetición del lugar de su origen a través de este retorno”.³³ Porque su matriz es todo y parte, principio, medio y fin, identidad y diferencia, el destino del hijo está en el origen.

El intento de estos párrafos por reconstruir la concepción metafísica implícita en el paradigma primitivo del seno materno, comprende la realidad entera en los términos de la relación materno-filial. En la inmediatez de la experiencia matricial, la conciencia humana más elemental se concibe a sí misma y concibe en ella todo lo demás. El devenir inmanente del origen, su reproducción dialéctica y la circularidad de su repetición son de este modo categorías de todo lo real. Seno universal, Madre tierra, Diosa o Gran Madre son otros tantos nombres de una misma acción, tan material o matricial como sagrada, a saber, la acción de generar y gestar en la propia partición, de lo cual resulta la reciprocidad y circularidad del acto.

Tal es lo que acontece en el trasfondo del espacio y el tiempo, allí donde la *jora* es seno materno y el instante es siempre el mismo.

4. Conclusiones: hacia una metafísica del seno materno

La concepción en el seno materno, los nueve meses de su gestación, la fantasía inconsciente de la unidad intrauterina y la dependencia de la madre durante los primeros años en los cuales la vida, la palabra y el mundo adquieren forma, tal es la experiencia que determina el cuerpo y el alma de la conciencia primitiva. Desde el fondo más remoto de los tiempos, la humanidad nace del seno materno, se nutre de su sangre y de su leche, se abriga con su calor y dice su palabra. La simbólica de la Gran Madre proyectó en términos universales y absolutos esta experiencia original y elemental.

Tal es el hecho absoluto, primordial, fundacional que la ideología falogocéntrica dispuso reprimir y ocultar a través de las más variadas estrategias de dominación simbólica. Algo muy perverso aconteció a lo largo de la historia para que la Madre fuera borrada de la conciencia humana y sepultada en el trasfondo de la cultura patriarcal. Su eliminación coincidió no solo con el sometimiento socio-político de las mujeres y la apropiación de sus hijos, sino mucho más que eso, con la negación de la vida y la realidad entera. La mayor violencia que la humanidad podía infligirse a sí misma era degenerar su origen, negar su carne y declararse impura. Eso es lo que hizo en su matricidio, cuando además de la madre, mató en ella al hijo y a la matriz de la vida.

Pero lo cierto es que el relato oficial falogocéntrico ha ingresado a la fase final de su proceso de disolución, no por casualidad sino por múltiples causas que abarcan desde la muerte del dios cristiano y su viernes santo especulativo, hasta la acción autoconsciente de las mujeres que ya no acreditan el megarelato patriarcal. El derrumbe de la civilización patriarcal pone al descubierto lo que su bastión

mantenía sepultado, a saber, la conciencia, el inconsciente y la historia de la fuerza materna. Desde aquí se entiende que el intento de enterrar el Nombre de la Madre ha sido también otro modo de confirmar su poder. Y si el destino de todo lo enterrado es volver a nacer de sus entrañas, la simbólica materna constituye el proyecto de futuro. En este último sentido, podemos asegurar que la muerte del patriarcado es convertible con “la enormidad de la tarea”³⁴ ya realizada o aun por realizar.

El paradigma matricial implica una mítica específica con sus celebraciones y sacramentos, esencialmente ordenados a la re-producción de la vida. Supone asimismo una cosmovisión holística y vitalista, y un modo de ser, sentir y actuar en consonancia con la totalidad. La concepción metafísica que aquel paradigma implica, entiende que el seno de la madre es la casa del ser y que, por lo tanto, la realidad no viene de la nada ni está lanzada al vacío, sino que es concebida, contenida y cuidada como partición de lo absoluto. Su existencia está inmediatamente convalidada y legitimada por origen, y su cuerpo es tan sagrado como la materialidad del fundamento. En el Nombre de la Madre, la realidad entera es un acto religioso, ordenado a celebrar la exuberancia de la vida y la fecundidad de sus frutos. Desde un punto de vista estrictamente metafísico, la matricialidad significa el modo en el cual se re-produce el origen, y tal modalidad originaria constituye el dinamismo intrínseco del ser, su desdoblamiento inmanente, su negarse para reafirmarse, su diferencia en su identidad. En tanto que origen y elemento, lo matricial significa que la realidad está desgarrada, partida, diferida en su alteridad. Significa también que la acción es siempre negación a fin de devenir creación libre. Lo matricial significa que el ser es capaz de concebirse en el seno de la diferencia y la contradicción, y de sostener su obra en el dolor de su parto.

El seno materno contiene la imagen y la metáfora de lo que las cosas son y pueden ser, la semejanza de su relación consigo mismas y con lo otro, o mejor, de la relación

consigo mismas en y por lo otro. Porque la acción matricial es en verdad una acción recíproca, relacional, en la cual madre y criatura se reconocen mutuamente, su fundación determina la proximidad y continuidad de todas las cosas en una suerte de hermandad universal. El centro, el medio, lo tercero de ese seno universal es una misma vida, fluyendo y refluyendo, circulando y repitiéndose en toda diferencia. Donde la matriz vital es una y la misma, su diferencia es madre, hijo, hermano.

La imagen del seno materno constituye, a nuestro juicio, la imagen más perfecta de aquella trinidad femenina añorada por Luce Irigaray. En él y por él, la madre y su criatura son lo mismo en la absoluta diferencia de una vida que se reproduce a sí misma. El seno materno es materia, energía, eros, acción que fecunda en la diferencia y hace de la diferencia pura reciprocidad. Así como la madre reconoce su creación en su criatura y su criatura aprehende a reconocerse en la madre, así también la realidad entera reproduce ese gran seno mutuo identidad.

En el origen era la Madre. Y si la rueda del tiempo tiene razón al predecir que la meta no es el futuro sino el pasado,³⁵ entonces es posible repetir que, en el devenir del origen, será la Madre.

Bibliografía:

- AA.VV., "El final del patriarcado (Ha ocurrido y no por casualidad)", en *El Viejo Topo* (96, 1996), trad. María-Milagros Rivera Garretas, p. 46-59.
- Bachofen, Johann Jacob, *Myth, Religion and Mother Right. Selected Writings of J.J. Bachofen*, trad. Ralph Manheim, Londres: Routledge, 1967.
- Battersby, Christine, *Phenomenal Woman*, Londres: Routledge 1998.
- Boulous Walker, Michelle, *Philosophy and the Maternal Body. Reading Silence*, Londres: Routledge, 1998.
- Briffault, Robert, *The Mothers. The Matriarchal Theory of Social Origins*, Nueva York: Howard Fertig, 1993.
- Douglas, Allen, *Mircea Eliade y el fenómeno religioso*, trad. J. Fernández Zulaica, Madrid: Cristiandad, 1985.
- Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, trad. Ricardo Anaya, Barcelona: Planeta-Agostini, 1984.

- Gould Davis, Elizabeth, *The First Sex*, Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1971.
- Hegel, Georg W. F., *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio: para uso de sus clases*, trad. R. Valls Plana, Madrid: Alianza, 2005.
- *Ciencia de la Lógica*, trad. A. y R. Mondolfo, Buenos Aires: Solar/Hachette, 1968.
- *Fenomenología del espíritu*, trad. W. Roces, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1966.
- Irigaray, Luce, *Key Writings*, Nueva York: Continuum, 2004.
- *Le Temps de la différence. Pour une révolution pacifique*, París: Librairie Générale Française, 1989.
- *Sexes and Genealogies*, trad. Gillian C. Gill, Nueva York: Columbia University Press, 1993
- *Le corps-à-corps avec la mère*, Montréal: Éditions de la pleine lune, 1981.
- *Speculum de l'autre femme*, París: Les Éditions de Minuit, 1979.
- James, E. O., *The Cult of the Mother-Goddess*, Nueva York: Barnes & Noble, 1959.
- Jones, Rachel, *Irigaray. Toward a Sexuate Philosophy*, Cambridge: Polity Press, 2011.
- Marler, Joan (ed.), *From the Realm of the Ancestors. An Anthology in Honor of Marija Gimbutas*, Manchester: Knowledge, Ideas & Trends, 1997.
- Muraro, Luisa, *El Dios de las mujeres*, trad. M.-M. Rivera Garretas, Madrid: horas y Horas, 2006.
- *El orden simbólico de la madre*, trad. de B. Albertini, M. Bofill y M.-M. Rivera, Madrid: horas y Horas, 1994.
- *Tre lezioni sulla differenza sessuale*, Roma: Centro Culturale Virginia Woolf Gruppo B, 1994.
- *Non credere di avere dei diritti. La generazione della libertà femminile nell'idea e nelle vicende di un gruppo di donne*, Turín: Rosenberg & Sellier, 1987.
- Neumann, Erich, *The Great Mother*, trad. Ralph Manheim, Princeton: Princeton University Press, 1991.
- *The Origins and History of Consciousness*, 2 vols., Nueva York: Harper & Brothers, 1962.
- Preston, James J., *Mother Worship. Theme & Variations*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1982.
- Rich, Adrienne, *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, trad. Ana Becciu, Madrid: Cátedra, 1996.
- Rivera Garretas, María-Milagros, *La diferencia sexual en la historia*, Valencia: PUV, 2005.
- *Nombrar el mundo en femenino*, Barcelona: Icaria, 1994.
- Sjöö, Monica, Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother: Rediscovering the Religion of the Earth*, Nueva York: Harper Collins Publishers, 1991.
- Trías, Eugenio, *La edad del espíritu*, Barcelona: DeBolsillo, 2006.
- Tuana, Nancy, Tong, Rosemarie, *Feminism & Philosophy*, Oxford: Westview Press, 1995.
- Tubert, Silvia (ed.), *Figuras de la madre*, Valencia: Cátedra, 2001.
- (ed.), *Figuras del padre*, Madrid: Cátedra, 1997.

—*Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*, Madrid: Siglo XXI, 1991.

Young, Iris Marion, *On Female Body Experience: "Throwing Like a Girl" and Other Essays*, Nueva York: Oxford University Press, 2005.

Recepción del artículo: 5 de junio de 2014

Aceptación: 2 de agosto de 2014

Palabras clave: Falogocentrismo - Diferencia - Mediación - Reproducción - Materia - Prehistoria

Keywords: Phallogocentrism - Difference - Mediation - Reproduction - Matter - Prehistory

notas:

¹ Battersby, Christine, *Phenomenal Woman. Feminist Metaphysics and the Patterns of Identity*, Nueva York: Routledge, 1998, p. 4.

² Irigaray, Luce, *Le corps-à-corps avec la mere*, Montréal: Éditions de la pleine lune, 1981, p. 81.

³ Irigaray, Luce, *Key Writings*, Nueva York: Continuum, 2004, p. IX.

⁴ Sjöö, Monica, Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother: Rediscovering the Religion of the Earth*, Nueva York: Harper Collins Publishers, 1991, p. 176.

⁵ Monica Sjöö, Barbara Mor, *The Great Cosmic Mother...*, cit., p. 47.

⁶ Cf. Briffault, Robert, *The Mothers. The Matriarchal Theory of Social Origins*, Nueva York: Howard Fertig, 1993; también Elizabeth Gould Davis, *The First Sex*, Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1971, p. 86 ss.

⁷ Bachofen, Johann Jacob, *Myth, Religion and Mother Right. Selected Writings of J.J. Bachofen*, tr. Ralph Manheim, Londres: Routledge, 1967, p. 80.

⁸ Cf. Preston, James, *Mother Worship. Theme & Variations*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1982, p. 326-327.

⁹ Rich, Adrienne, *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, trad. Ana Becciu, Madrid: Cátedra, 1996, p. 164 y ss.; cf. también Robert Briffault, *The Mothers...*, cit., p. 108.

¹⁰ Sjöö, Monica, Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother...*, cit., p. 88. Gould Davis, Elizabeth, *The First Sex...*, cit., p. 40.

¹¹ Cf. Sjöö, Monica, Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother...*, cit., p. 147.

¹² James, E. O., *The Cult of the Mother-Goddess*, Barnes & Noble, Nueva York: 1959, p. 11.

¹³ Neumann, Erich, *The Great Mother*, trad. Ralph Manheim, Princeton: Princeton University Press, 1991, p. 17.

¹⁴ James, E. O., *The Cult of the Mother-Goddess...*, cit., p. 231; cf. también Sjöö, Monica, Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother...*, cit., p. 49; Marler,

Joan (ed.), *From the Realm of the Ancestors. An Anthology in Honor of Marija Gimbutas*, Manchester: Knowledge, Ideas & Trends, 1997, p. 580.

¹⁵ Trías, Eugenio, *La edad del espíritu*, Barcelona: DeBolsillo, 2006, p. 63.

¹⁶ Cf. Trías, Eugenio, *La edad del espíritu...*, cit., p. 77.

¹⁷ Neumann, Erich, *The Great Mother...*, cit., p. 32-33.

¹⁸ Neumann, Erich, *The Origins and History of Consciousness*, Nueva York: Harper & Brothers, 1962, 2 vols., vol. II, 323.

¹⁹ Neumann, Erich, *The Great Mother...*, cit., p. 149.

²⁰ Sjö, Monica, Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother...*, cit., p. 174.

²¹ Sjö, Monica, Mor, Barbara, *The Great Cosmic Mother...*, cit., p. 407.

²² Briffault, Robert, *The Mothers...*, cit., p. 238, 247.

²³ Cf. Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, trad. Ricardo Anaya, Barcelona: Planeta-Agostini, 1984, p. 79 y ss.

²⁴ Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno...*, cit., p. 88.

²⁵ Neumann, Erich, *The Great Mother...*, cit., p. 18.

²⁶ Douglas, Allen, *Mircea Eliade y el fenómeno religioso*, trad. J. Fernández Zulaica, Madrid: Cristiandad, 1985, p. 149.

²⁷ Muraro, Luisa, *El orden simbólico de la madre*, trad. de B. Albertini, M. Bofill y M.-M. Rivera, Madrid: horas y Horas, 1994, p. 73; cf. también Muraro, Luisa, *El Dios de las mujeres*, trad. M.-M. Rivera Garretas, Madrid: horas y Horas, 2006, p. 71.

²⁸ Young, Iris Marion, "Pregnant Embodiment", en Tuana, Nancy, Tong, Rosemarie, *Feminism & Philosophy*, Oxford: Westview Press, 1995, p. 407; cf. también Young, Iris Marion, *On Female Body Experience: "Throwing Like a Girl" and Other Essays*, Nueva York: Oxford University Press, 2005.

²⁹ Cf. Vigetti-Finzi, Silvia, "El mito de los orígenes. De la Madre a las madres, un camino de la identidad femenina", en Tubert, Silvia (ed.), *Figuras de la madre*, Valencia; Cátedra, 2001, p. 142.

³⁰ Cf. Irigaray, Luce, *Sexes and Genealogies*, trad. Gillian C. Gill, Nueva York: Columbia University Press, 1993, p. 63-64.

³¹ Cf. Monica Sjö, Barbara Mor, *The Great Cosmic Mother...*, cit., p. 407.

³² Eliade, Mircea, *El mito del eterno retorno...*, cit., p. 84.

³³ Bouldous Walker, Michelle, *Philosophy and the Maternal Body. Reading Silence*, Londres: Routledge, 1998, p. 163.

³⁴ Cf. AA.VV., "El final del patriarcado (Ha ocurrido y no por casualidad)", en *El Viejo Topo* (96, 1996), trad. María-Milagros Rivera Garretas, p. 59.

³⁵ Cf. Hegel, Georg W. F., *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio: para uso de sus clases*, trad. R. Valls Plana, Madrid: Alianza, 2005, § 261.